

de aquella época, aunque los elementos de explicación avanzados no están siempre lo suficientemente elaborados. La geografía como disciplina ha obtenido en los últimos treinta años avances teóricos importantes, particularmente en aquellos dominios donde se ha logrado una interdisciplinariedad. Tal es el caso de las escuelas francesas, alemanas y rusas, que han alcanzado una verdadera articulación de la ecología, las ciencias naturales, la historia y la geografía para comprender de una manera más sólida la formación y la dinámica de los paisajes antrópicos a través del tiempo.

Lástima que los editores de esta obra no hayan realizado una revisión detallada de la edición para evitar al lector repeticiones indeseables; en este orden de ideas, el último artículo sobre los indígenas en América Latina aparece como fuera de lugar, ya que no aporta elementos adicionales de interés y ofrece una visión del problema demasiado ingenua, restándole unidad al conjunto del libro.

MARÍA ERRÁZURIZ



## De cuando la locura tenía nombre y señas

*Biografía del disparate*

Pedro Claver Téllez

Editorial Planeta, Bogotá, 1988, 192 págs.

El encanto de un pueblo está en que a su escenario se sube todo el mundo. Sobre esta equívoca bendición cantaletean los mayores cuando desean señalar defectos a las ciudades que en los últimos decenios se desbocaron en Colombia. La representación allí se da en las calles. Y además de la rigurosa revista de papeles sociales en que la gente, toda la gente que merece el nombre, tiene que tomar parte, el pueblo por lo menos brinda la alternativa de descansar en los entre actos.

Estos corren a cargo del bobo, de la loca y demás casos únicos que constituyen el orgullo de cada población, junto con sus mujeres, su cosecha y su plato regional. El turista de la ciudad lo comprueba con algo de embarazo, cuando en la plaza dominiguera los paisanos se congregan en una especie de sevicioso patriotismo alrededor del demente local. El memorista explica que esta actitud es una manera de querer, y que el recuerdo de los personajes de la cercana época cuando su ciudad era una villa grande enciende una tierna flama que no está al alcance de los jóvenes. No mencionan que el servicio social que aquéllos prestaban era impagable; que nutrir sus miserias, manías y ridículos, pero evitarles la reclusión, era y es la única recompensa posible. Las nuevas generaciones, adictas a una espantosa franqueza que no pierde tiempo en comedias o rememoraciones paliativas, sencillamente han decidido exterminarlos a balazos.

*Biografía del disparate*, de Pedro Claver Téllez, periodista de renombre y profesor de literatura, trata sobre estos "personajes típicos" del Bogotá de la primera mitad del siglo, del pueblo ido. Fueron los últimos especímenes que se pasearon con apodos por sus vías, antes que éstas pasaran de ser tablados a ser cadalsos.

Quizás es una perogrullada señalar aquí que en cierto sentido la razón de ser de estos casos de excepción fue recogida, reclamada con arrogancia a veces, por las artes nacionales, repitiendo un proceso conocido en otras partes, y por los medios de comunicación. Su dosificado y complejo manejo de los desbordamientos, su asepsia y la franquicia para llegar hasta la alcoba del más misántropo, del más conspirador, del más cosmopolita habitante de urbes, hacen superfluo al disparate loco de la acera.

El libro de Téllez no se ocupa del modo como la sociedad y la cultura colombianas, en el prurito del progreso y la modernidad, han ido desplazando a sus escarnecedores y bufones. Pero de sus páginas y de lo que acontece ahora puede inferirse, a grandes rasgos, el siguiente proceso capitalino, proceso que bien podría hacerse extensivo a las demás ciudades del país.

En el siglo pasado las familias de alcurnia permitían traspasar los umbrales de sus caserones a los más conocidos loquitos con chispa y bobos del absurdo, con quienes compartían colaciones y cacao a cambio de alguna ocurrencia que disipara las monótonas tardes provincianas. En las primeras décadas del presente, cuando cundía el vértigo optimista por los discretos adelantos técnicos que iban a cambiar para bien todas las vidas, se les hizo partícipes, enviándolos como recaderos del reciente trajín, incluso permitiéndoles que se arriesgaran en los nuevos oficios, como la cartería (Pomponio) o la demagogia (La Loca Margarita), que el partido pagaba con un bando y un féretro, o que sirvieran de moralejas sobre la implacabilidad del progreso (El Bobo del Tranvía), llegando el bobo incluso a merecer un uniforme de fantasía. Pero ni el desarrollo ni la democracia estaban a la vuelta de la esquina, y en el pragmático proceso de la desilusión estos hombres pasaron a ser el pasmo de los bohemios ilustrados (Cuchuco), luego el eslogan de los estudiantes (Goyeneche) y por último la entretención de los desempleados (El Artista Colombiano). Hasta este punto llega el libro, hasta el momento en que el chalado pierde



la ocupación y el remoquete y, confundido con su propio público en la lucha por el peso, pasa a ser el mugroso mendigo N.N. que para pervivir no apela tanto al disparate como al disparate oportuno.

Pedro Claver Téllez se propone rescatar del olvido a estos personajes. Arguye con justicia que no son unas cuantas notas y fotografías dispersas el único recuerdo que se labraron viviendo a contrapelo en plena vía pública. Esperemos que en un futuro los rescate de la mera nostalgia. Por el momento, el propio autor califica el resultado: "No es un libro lo suficientemente bueno, como era mi deseo. Duró muy poco en incubación y fue escrito de un tirón, como si trabajara en un periódico o en una revista [...] Es un libro de afán, de pan comer, pero es un libro escrito con pasión, con amor por Bogotá y por esos seres desgraciados que arrastraron su tragedia dejándonos un recuerdo imborrable". (Pág. 12)

Otra vez Téllez nos declara lo mismo. Es un narrador habilidoso, domina su lenguaje, está dispuesto a investigar sus temas, conoce los secretos de una buena historia. Sin embargo, como en el caso de *Crónicas de la vida bandolera*, otra vez admite haber salido con un libro provisional (¿será este otro regalo de último minuto para el cumpleaños de Bogotá?), de nuevo se excusa por la prisa, de nueva avisa que el verdadero trabajo exhaustivo está en camino. Otra vez cabos sueltos, otra vez repetición de símiles y frases, lo que lo hace parecer un escritor ingenuo, otra vez falta de pulimento y una molesta oscuridad en cuanto a las fuentes consultadas, lo que hace inevitable la sospecha, ojalá infundada, de que aquí hay mucho de melodramatización. ¿De dónde sale el pormenorizado y crédulo episodio que motivó la locura de Pomponio? ¿Y los íntimos detalles mingitorios sobre La Loca Margarita? ¿De dónde la temeraria reiteración de que Cuchuco "tenía un extraño parecido físico con los filósofos griegos Sócrates y Platón"? (págs. 36 y 74).

Mientras aparecen los libros de veras, que son ya una obligación, el lector de la *Biografía del disparate*



tendrá que contentarse con los abre-bocas que son estos bocetos sobre locos y excéntricos de una población ya desaparecida. Aunque, sobra decirlo, las causas de sus extravíos, sus temas, sus salidas, le dirán mucho sobre el país que habita. Pedro Claver Téllez dice que al terminar de redactar el libro quedó "con un sabor amargo en la garganta" (pág. 14).

CARLOS JOSÉ RESTREPO

## Investigación sin novedades pero bien organizadas

Cartagena de Indias durante la primera república, 1810-1815

Adelaida Sourdis de De la Vega

Banco de la República, Bogotá, 1988, 160 págs.

Quizá no haya en el país historiografía más marcada con el sello del "heroísmo" que la referente a Cartagena de Indias en los primeros años de la independencia. Varios hechos han contribuido a esa característica: el ser la primera capital de provincia de la Nueva Granada en declarar la independencia absoluta de Madrid, el sostener una guerra sin cuartel contra su vecina Santa Marta y, en especial, el haber padecido como ninguna otra ciudad los estragos de la violenta reconquista del ejército expedicionario de don Pablo Mori-

llo. Estos acontecimientos, sin duda de gran importancia dentro del conjunto de los episodios de la independencia, no sólo han producido exaltación constante entre muchos académicos, que se prodigan hasta la saciedad en adjetivos elogiosos al escribir sobre ellos, sino que han eclipsado otros aspectos del experimento cartagenero, tales como las relaciones internacionales del gobierno republicano, los conflictos sociales que la independencia desató en las zonas rurales, el auge del comercio exterior y el papel del clero en la divulgación de las ideas emancipadoras.

A primera vista podría esperarse que la obra de Adelaida Sourdis de De la Vega, cuyo título es bastante sugestivo, viniera a llenar muchos de los vacíos que aún existen sobre la historia de Cartagena en ese periodo tan intenso. Sin embargo, no ocurre así, ya que los temas tratados no son novedosos: las luchas entre las diferentes facciones de la elite cartagenera por el control político de la ciudad, el enfrentamiento de Manuel del Castillo con Bolívar y el sitio de Morillo a la ciudad amurallada. No obstante, el trabajo es realmente meritorio por el tratamiento objetivo de los temas, al distanciarse de la visión heroica tradicional y sustentarse además, en fuentes primarias poco consultadas hasta ahora, que vienen a enriquecer el conocimiento del aspecto político de la independencia en Cartagena. En este sentido, sin duda, se avanza algo con respecto a los anteriores trabajos acerca del tema, pero, y la autora lo reconoce en su introducción, "se advierte que en el relato han quedado vacíos y que no se pretende que éste sea un punto final sino más bien que arroje otras luces para continuar los estudios sobre tan apasionante asunto".

Y el principal vacío de esta historia política —que no económica ni social— son tres años: 1812, 1813 y 1814, en los cuales parecería no ocurrir nada importante en el principal puerto español del norte de Suramérica. Estos años, tan vitales para la suerte de la ciudad, son tratados muy ligeramente, y la atención se concentra más bien en 1811 y 1815, como